

de los funcionarios mexicanos, resultado de su falta de cultura y probidad. En tal concepto, bastaba enviar á México financieros honrados y hábiles para dejar en algunos meses brillantemente resuelta la cuestión financiera. Se ve en las instrucciones que recibió de su Gobierno el notable financiero Langlais, que no le encomienda estudie si México es capaz de proporcionar al Imperio las rentas que éste necesitaba para satisfacer su cuantioso presupuesto, sino que tal cosa se da por hecha, por indiscutible, y solamente se recomienda que presente un plan magnífico, para recoger desde luego la exudación de oro que debía brotar con tenacidad de todos los póros del país. La tercera cuestión inquietante, la religiosa, estaba también salvada, porque no obstante las excomuniones fulminadas por el clero, todo el partido clerical, excepto algunos cabecillas como Márquez, Taboada y Vicario, habían aceptado el Imperio tal como quería Francia que fuese y asistían al banquete de las quincenas imperiales, sin importarles mucho ni poco las prerrogativas y reacciones eclesiásticas.

En suma, para Napoleón, si el Imperio no estaba completamente consolidado y asombrando por su prosperidad, se debía á la ineptitud de Maximiliano y á la corrupción y analfabetismo de los empleados mexicanos. « Como se sabe el consejero de Estado M. Langlais había sido enviado de Francia á ins-

tancias de Maximiliano para limpiar las caballerizas de Augias, á donde las aduanas y los impuestos eran pillados por los primeros servidores de la corona. Por todas partes sucedía lo mismo en los ramos de la administración mexicana (1). » No hay que olvidar que Augias tenía en sus establos tres mil bueyes y que llevaban treinta años de no limpiarse.

Ante tan gran facilidad para la terminación de la obra del Imperio, era lógico que Napoleón, comprometido ante su país, y ante todas las naciones civilizadas, no quisiera abandonar una obra ya casi concluída. Y era natural también que se empeñase en protegerla contra la agresión de los Estados Unidos. Napoleón nunca fué el necio que trata de llevar á cabo una obra imposible. El mariscal Randon, notando la diferencia que había entre los informes políticos del mariscal Bazaine relativos á Maximiliano, siempre malos, y los militares, relativos á su misión como mariscal, siempre buenos, le escribía : « Seguramente, si vuestros informes políticos viniesen solos se desesperaría del porvenir de México y nada tendríamos que hacer de mejor que abandonar el campo lo más pronto posible (2). » Napoleón no quería ya dificultades, no quería sa-

(1) Kératry, *Elevación y caída del Emperador Maximiliano*, pág. 82.

(2) Gaulot, tomo II, pág. 226.

crificios ni meterse en honduras, pero como creía su obra efectivamente establecida y fácil de terminar con brillo, esperaba esa pronta terminación para retirarse de México. No había más que dos medios para que Napoleón retirase sus tropas, fuera de la presión de los Estados Unidos: demostrarle la imposibilidad de la pacificación con el efectivo de las fuerzas francesas en México, ó demostrarle la imposibilidad de que México tuviese recursos para sostener el Imperio.

*
**

Maximiliano tenía las mismas convicciones que Napoleón y Bazaine respecto de México, el país maravilloso que podía dar para el sostenimiento brillante del trono todo lo que éste le pidiera, aun cuando fuera una tonelada de diamantes por hora. Maximiliano se sentía en el caso de un archimillonario que se muere de hambre por falta de algunos centavos debido á que su dependiente le roba, y por su falta de inteligencia y conocimientos, de lo que sólo resultan malos negocios. La salvación era, pues, cuestión de energía y admirablemente sencilla. Adquiriendo empleados públicos hábiles y rectos, todas las dificultades quedaban vencidas.

En los primeros días de Septiembre llegó el salvador de la situación financiera, M. Langlais, en-

viado por Napoleón III á petición de Maximiliano.

*
**

¿Pudo Mr. Langlais salvar la situación? El notable financiero llegó á la ciudad de México á mediados de Septiembre de 1865 y murió repentinamente el 23 de Febrero de 1866. Trabajó con tesón cinco meses y como se va á ver, su fracaso hubiera sido tan completo como lo fué el de su vida.

Mr. Langlais, pocos días antes de su muerte, había notificado á Maximiliano, que la cuestión financiera estaba ya resuelta por medio de un concienzudo plan. Por supuesto que Mr. Langlais fué creído y contribuyó con su grano de plomo al fusilamiento del Cerro de las Campanas.

He tomado empeño en conocer el plan de Langlais y voy á exponerlo, sin hundir á mis lectores en campo árido de cifras y reflexiones ininteligibles para los extraños á la ciencia económica.

El plan de Langlais, tenía por base la de todos nuestros ministros de hacienda desde la independencia hasta la intervención, que no fueron financieros, ni franceses, ni notables. Esa base ha sido la de todas las madres de familia que disponen de limitados recursos y la de todas las personas que

presentan sospechas de sensatas : la base del plan Langlais era nada menos que *diminuir los gastos y aumentar los ingresos*.

El Licenciado Don José María Lacunza, Ministro de Hacienda de Maximiliano, en su exposición al Mariscal Bazaine, que no es más que un grito desesperado de socorro, porque al ejército mexicano se le debían ya dos meses de haberes y no había ni esperanzas de darle lo correspondiente á una hora, decía con la ingenuidad de una persona que podía ser todo menos Ministro de Hacienda : « ¿Hay un remedio para esta situación? Ciertamente que lo hay y no soy yo quien lo afirma, sino Mr. Langlais quien lo ha dicho, él, que poseía la entera confianza de la Francia y que ciertamente era digno de ella. ¿Cuál es ese remedio? *consiste en un nuevo sistema hacendario* en el cual disminuyan los egresos y aumenten los ingresos. Este sistema está proyectado, casi redactado y puesto en práctica en su mayor parte (1). »

El Señor Lacunza, creía que era un sistema nuevo hacendario inventado por Mr. Langlais, equilibrar los presupuestos, disminuyendo los egresos y aumentando los ingresos. La idea era excelente, pero no nueva, y lo difícil en México, y en todas las naciones, siempre ha sido resolver la

(1) Licenciado José María Lacunza al Mariscal Bazaine. Exposición, 28 de Abril de 1867.

cuestión á que semejante axioma da lugar. ¿Era posible reducir los gastos?

Mr. Langlais vino á México cuando ya se habían consumido los dos empréstitos mexicanos de 1865, hechos en París; es decir, cuando el Imperio se había introducido por medio de una pieza de artillería dos balas rasas en su vientre.

El Imperio tenía entonces como gastos irreducibles anuales, en cifras redondas :

Servicio de los empréstitos de París, deuda contraída en Londres y convenciones.....	\$ 12,400,000
Conforme á la Convención de Miramar.....	5,000,000
Gasto mínimo de campaña.....	2,000,000
Total.....	\$ 19,400,000

Estos gastos eran irreducibles en el terreno del derecho y de los hechos. Maximiliano no podía hacer lo que Juárez, decir á sus acreedores extranjeros : suspendo por un cierto número de años el servicio de la deuda. El Imperio habría sido atacado por las mismas escuadras y fuerza armada que cobraba á Juárez menores cantidades. Además, no podía ser el plan de Mr. Langlais, enviado por Napoleón, proponer que se repudiasen todos los créditos y deudas francesas y por último, las aduanas conforme al convenio de Marzo de 1865, debían quedar en poder de los franceses y no era posible desconocer sus derechos.

Maximiliano necesitaba organizar el ejército mexicano, pagar la administración civil central, y las de los antiguos Estados federales convertidos en Departamentos imperiales :

Estos gastos en su minimum eran 30,000 hombres de ejército con tropas mexicanas.....	\$ 12,000,000
Gastos de la administración civil central, sin mejoras materiales.....	4,000,000
Gastos de administración de los antiguos Estados convertidos en Departamentos....	4,000,000
	<u>\$ 20,000,000</u>

El presupuesto de Juárez muy económico, hecho por el Licenciado Don José María Iglesias en 1867, fué sin pago de deuda pública :

Presupuesto federal.....	\$ 15,000,000
Presupuestos de los Estados.....	8,000,000
Total.....	<u>\$ 23,000,000</u>

Acordando á Mr. Langlais un presupuesto inferior al muy modesto de la República juarista en 1867, resulta :

Servicio de la deuda pública exterior.....	\$ 19,400,000
Presupuesto de administración interior.....	20,000,000
Total.....	<u>\$ 39,400,000</u>
Rentas totales del Imperio	18,000,000
Deficiente....	<u>\$ 21,400,000</u>

Necesitaba Mr. Langlais duplicar todas las contribuciones de la República para equilibrar su presu-

puesto. Sólo la duplicación de todas las contribuciones habría causado una sublevación general contra el Imperio y formado un inmenso partido de capitalistas y trabajadores mexicanos á favor de Juárez. Mr. Langlais trabajaba, pues, para Juárez.

La cabeza era francesa, su instrucción francesa, Mr. Langlais había consultado al Barón de Humboldt cuidadosamente, como lo declaraba *l'Estafette*, y había encontrado que un país tan *fabulosamente rico como México*, bien podía dar cuarenta millones de pesos anuales para pagar á su gobierno. Mr. Langlais, encontró que cada francés pagaba en Francia doce pesos anuales por contribución y cada mexicano dos pesos veinticinco centavos, lo que era insignificante; se podía duplicar, pues, la cuota. El Barón de Humboldt, continuaba cumpliendo su sagrada misión de trastornar cabezas de estadistas, conquistadores y príncipes. La obra de Mr. Langlais tenía que fracasar irremisiblemente.

*
* *

Pero ni Maximiliano, ni Langlais, ni Bazaine, ni Lacunza, ni los demás funcionarios que ejercían el poder, habían entendido lo que era el Imperio mexicano, y aun cuando Langlais hubiera conseguido el imposible de hacer subir los ingre-

sos á cuarenta millones de pesos anuales, el Imperio no podía vivir.

¿Qué era el Imperio?

Hasta Junio de 1863, las clases pasivas compuestas de huérfanos, viudas, cesantes, retirados, jubilados, pensionistas, todos demacrados, habían ajustado cuarenta y cuatro años en una miseria inconcebible. La Regencia de Almonte, les hizo sentir el deleite de percibir por la primera vez sus quincenas pagadas íntegras y con exactitud, cosa que jamás habían visto. Esta clase desvalida era muy numerosa, pues su presupuesto anual importaba más de tres millones de pesos. El Imperio fué para esta clase desgraciada, la vida, la salud, la patria, el honor, la humanidad, la religión. Mr. Langlais no consideraba en su presupuesto económico esos tres millones de pesos anuales que representaban el entusiasta imperialismo de las abundantes clases pasivas.

Ya he dicho que el Regente Almonte, conocedor de su país, promulgó la verdadera ley de pacificación. A todo militar, cualquiera que fuese su color político, se le reconocía grado y empleo con pago íntegro y puntuales quincenas. Almonte hizo más; como entonces pagaba el tesoro francés y tenía empeño en acreditar la negociación, admitió militares hasta con despachos extendidos en papel de estraza por reconocidos bandoleros, jefes de

guerrillas. Apareció cobrando al tesoro francés una verdadera población harapienta militar en la que dominaban los grados de general y coronel. Almonte discurrió formar un gran depósito de jefes y oficiales, con sueldos íntegros y exactamente pagados. Con excepción del grupo republicano heroico, que jamás dejó de combatir al Imperio, no obstante la tremenda miseria y persecución que lo acosaba, todos los militares reconocieron al Imperio, comprendida la mayoría del ejército liberal y se adhirieron á un sistema que les era desconocido: comer todos los días á hora fija, hacer la paz con los cobradores de inquilinato y vestir decente é higiénicamente. El Imperio fué, para esta dominante clase social, la verdadera gloria, la verdadera bandera, la verdadera patria, la verdadera doctrina política. Mr. Langlais suprimía entre sus economías los haberes de la clase militar fuera de servicio activo, lo que equivalía á ordenarle que fuera á ponerse á las órdenes de Juárez para derrocar al Imperio.

El Imperio era la piscina de néctar de los empleados civiles que jamás habían visto en junto una paga y que, abrumados de estupor, no concebían en virtud de qué artificio divino habían recibido doce pagas al año, veinticuatro medias pagas, una cada quince días, lo que los lanzaba, no solamente al bienestar sino á la opulencia, al despilfarro, á la